

Posverdad

Autor / Author

McINTYRE, Lee

Editorial / Publishing company

CÁTEDRA, Madrid 2018

El título no puede ser más claro y sintético. Una palabra que se ha convertido en tres años en expresión coloquial, pero que encierra un sinfín de matices que conviene considerar con detalle. Realmente el autor nos conduce de manera analítica por los fenómenos culturales, sociales, intelectuales, políticos y mediáticos que han desembocado en el triunfo de un término. Fácilmente los periodistas creen que saben a qué se refiere, pero no suelen ser tan conscientes de la vorágine en la que están inmersos y de la que son protagonistas y partícipes. A veces con consecuencias nefastas. Y lo mismo sucede con el público que acude a los medios de comunicación en busca de informaciones con las que formarse un criterio, sin ser consciente de cuánto le influyen todos esos fenómenos. Es un pequeño manual de emergencia bastante clarificador, sin duda. Veamos cómo y en qué sentido.

Son siete capítulos. En el último, la conclusión, el autor recopila de acuerdo con su criterio los elementos que considera más relevantes para formarse no solo un diagnóstico de la situación, sino también esbozar un pronóstico. El título, «Combatir la posverdad», no deja lugar a dudas, aunque el único epígrafe del capítulo va entre interrogaciones: «¿Estamos entrando en la era de la pre-verdad?». El hilo argumental del libro recorre el funcionamiento de los medios. Los modos en que reaccionamos ante las informaciones con el triunfo de las redes sociales no solo han afectado al público, que no aplica criterios para cribar la veracidad de los datos recibidos, sino que también se han trasladado al modo en que los propios medios de comunicación procesan y difunden la información. Y esto es más grave. «Una de las barreras del pensamiento crítico es que nos bañamos en una corriente constante de sesgo de confirmación» (p. 171). Sin estar de acuerdo con la clásica distinción del mundo sajón entre hechos y opiniones que lleva a reducir el concepto de verdad al contraste con lo meramente fáctico, no es menos cierto que al menos este nivel de verdad tendría que ser defendido y reconocer

su valor, porque «cuando llegamos a estar desvinculados de la verdad nos desvinculamos de la realidad» (p. 175).

Los capítulos anteriores del libro han ido explorando las raíces de la posverdad «bajo la suposición de que realmente no se puede hacer nada con un problema a menos que se entienda su causa» (p. 162). Así, tras un primer capítulo dedicado a aclarar el origen del término posverdad, dedica los cinco capítulos siguientes a considerar las distintas posibles causas de este estado de cosas. Hagamos un breve recorrido por cada uno de ellos.

«La negación de la ciencia como hoja de ruta para entender la posverdad» es el título del capítulo 2, donde dice (p. 47):

Mantengo que la ciencia no debería avergonzarse en absoluto por su situación epistemológica, sino que debería más bien aceptarla como una virtud. Decir que una teoría científica está bien garantizada dada la evidencia no es algo baladí. Ciertamente, si alguien desea aceptar los altos estándares de la explicación científica, ¿por qué la carga de la prueba no reside en aquellas teorías pseudocientíficas que se supone que deben competir con las científicas? Si no se puede ganar el juego de la «demostración», juguemos entonces en su lugar el juego de la «evidencia», en el que desearíamos preguntar al que niega la ciencia: ¿dónde está tu evidencia?

Analiza así el caso del negacionismo del cambio climático comparándolo con el ocultamiento en los años cincuenta por parte de las tabacaleras de las pruebas que demostraban la relación entre el consumo de tabaco y el cáncer de pulmón. No cabe duda de que la ideología puede imponerse sobre la ciencia y ocultar la realidad de los datos que aportan las investigaciones, pero no establece con toda claridad hasta qué punto también la ideología puede establecer un sesgo en las conclusiones de determinados estudios cuando el marco de referencia para leerlos excede lo empíricamente demostrado. Sin duda el falsacionismo de Popper y los paradigmas de Khun tendrían mucho que decir al respecto.

En el capítulo 3 esboza los rudimentos psicológicos de «las raíces del sesgo cognitivo». Inmersos como estamos en ese mecanismo de defensa del propio equilibrio emocional, no está de más tomar conciencia del mismo para defendernos, a su vez, de un excesivo peso del mismo sobre todos nuestros juicios y comportamientos. Explica las similitudes y diferencias entre el razonamiento motivado y el sesgo de confirmación, y, sobre todo, en qué medida eso influye en el modo en que decidimos y elegimos los argumentos que nos convencen y los que no. La paradoja es que, en un mundo hiperconectado, la interacción entre sujetos está mucho más condicionada que antes por la elección que hacemos en las redes sociales, donde no interactuamos con todos (aunque fuera en el microcosmos de una aldea), sino con quienes elegimos ya de manera sesgada.

Llegamos así a los capítulos 4 y 5, en los que se detiene en «el declive de los medios de comunicación tradicionales» primero, y después en «el auge de las redes sociales y el problema de las noticias falsas», donde expone el modo en que la posverdad se ha instalado ante unos medios en crisis y unas redes autojustificantes (p. 134):

El problema de las noticias falsas está íntimamente relacionado con el fenómeno de la posverdad. De hecho, para muchos es una y la misma cosa. Pero esto no es del todo correcto, ya que es como decir que la existencia de armas nucleares automáticamente supone el apocalipsis. Que un arma exista no significa que tengamos que ser lo suficientemente estúpidos como para utilizarla. Cómo responder a los desafíos que creamos con nuestra tecnología es lo que marca la diferencia.

«¿Condujo el posmodernismo a la posverdad?», se pregunta en el capítulo 6. «Resulta vergonzoso admitir que una de las más tristes raíces del fenómeno de la posverdad parece provenir directamente de nuestras facultades y universidades» (p. 137), confiesa al inicio. No dice la versión española de «posmodernidad», seguramente porque el autor amplía el concepto desde la filosofía de finales del siglo xx hasta el modo en que se entendieron las distintas vanguardias a lo largo de todo el siglo. Su tesis es que el escepticismo generalizado sobre la capacidad de conocer, lo que se llamaría luego «pensamiento débil», ha influido no poco en el nacimiento de la posverdad. Cita el escándalo Sokal como claro emblema de lo que esa posmodernidad supuso para el pensamiento crítico y científico, aunque no tiene ninguna duda de que el planteamiento de Foucault y Derrida negando la capacidad de conocer la verdad y reduciendo la racionalidad a meros discursos de poder sembró el campo de minar que la posverdad no tuvo más que ir explotando.

En definitiva, lo más relevante del ensayo es que del mismo se sigue una apuesta, con todos los matices discutibles que se quiera y de los que he apuntado algunos, por la búsqueda de la verdad. Los análisis que ha planteado son agudos e interesantes. Que tanto el concepto de posverdad como el de *fake news* despegaran con toda virulencia contra la campaña y usos del presidente Trump, y que la mayoría de los ejemplos los tome de esta polémica, le hacen sospechar a uno de cierta tendenciosidad ideologizante en el concepto y en su uso. Ahora bien, en la medida en la que los análisis son certeros y desvelan un planteamiento y crisis culturales más profundos, son interesantes y valiosos. Porque no cabe duda de que siempre puede darse un uso ideológico de la verdad, pero hay que defenderla y estar prevenidos ante eso. Como concluye el autor (p. 177):

La posverdad no tiene que ver con la realidad: tiene que ver con cómo los humanos *reaccionamos* ante la realidad. Una vez que somos conscientes de nuestros sesgos cognitivos, estamos en una mejor posición para derribarlos. Si queremos mejores medios de comunicación, tenemos que apoyarlos. Si alguien nos miente, podemos escoger si creerle o no, y desafiar a continuación cualquier falsedad. Cómo reaccionar ante un mundo en el que alguien trata de taparnos los ojos es algo que depende de nuestra decisión. La verdad aún importa, como siempre lo ha hecho. Reparar a tiempo en ello está en nuestras manos. ■

AGEJAS, José Ángel

Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)